



*Quince
días de
espera*

Marvin Monzón

Ilustraciones de Elvira Méndez



loqueleo

SANTILLANA

Índice

I	7
II	13
III	17
IV	19
V	25
VI	33
VII	43
VIII	47
IX	51
X	61
XI	67
XII	73
XII	77
XIII	85
XIV	95
XV	111
XVI	123
XVII	127



I

Comencé a escribir cartas para no volverme loca. Ahora me pregunto si escribirle cartas a nadie no fue un síntoma de la locura. A veces me pregunto qué hago aquí o qué haría en cualquier parte. Hace veinticinco días que no vienen los periódicos y quién sabe si vendrán. A veces me pregunto si algún día partiré de este abandono.

Yo era una enfermera desempleada que vivía en la ciudad, hasta que un día me ofrecieron este empleo. No puedo decir que hayan mentido cuando me dijeron que era un lugar remoto, pero cuando me dijeron «remoto», no pensé que eso significara

viajar durante tres horas en una lancha, entre periódicos de fechas pasadas. Tres horas o más, no sé. Del viaje apenas recuerdo la náusea y la marea. De los últimos minutos del viaje solo recuerdo el espejismo de un montículo de tierra a la deriva, esta isla que interrumpe la inmensidad del océano.

La gente estaba alegre, doblemente alegre, porque venían, como cada quince días, los periódicos y, además, esta vez venía una enfermera.

—Sígame, doctora —me dijo una mujer. Era una persona mayor.

—Enfermera. Soy enfermera —dije.

—¡Bah! Es igual. Sígame, enfermera. Debe de estar hambrienta.

—Preferiría no comer por el momento —respondí—. La marea... la náusea... ya sabe cómo es eso.

—No lo sé, ya lo he olvidado. Hace tanto que no salgo de esta isla —dijo, como si no impor-

tara. Y agregó: —Dele sus maletas a ese muchacho, él la ayudará con eso.

El muchacho era moreno y delgado. Acompañé a la mujer hasta una pequeña casa que parecía a punto de precipitarse al suelo.

Las personas de la isla me seguían de cerca, periódico en mano, dándome la bienvenida y viéndome como si nunca hubieran visto una enfermera.

Dentro de la casa, la mujer me ofreció una hamaca:

—Ya que no quiere comer, puede acostarse allí y mecerse un poco —dijo con amabilidad. Pero lo que yo menos quería era mecerme después de la agitación del viaje.

El muchacho de las maletas, que nos había seguido con mucha dificultad, entró de repente. La mujer le pidió que las dejara en un rincón. Le di unas monedas en agradecimiento, pero me vio contrariado y se retiró sin decir una palabra. Entonces

recordé al chico de la lancha y pensé en que no le había entregado las monedas que había pensado darle. Me llenó de intranquilidad saber que el chico las puedo estar esperando.

—¡El chico de la lancha! ¿Estará aún en el muelle? —pregunté a la mujer.

—No, doctora. Aquí vienen y se van en seguida —respondió con desaliento.

Entonces recordé la conversación que tuvimos con el chico de la lancha al iniciar el viaje.

—Entonces, ¿va usted como enfermera? —había preguntado.

—Sí —respondí—. Estoy emocionada, pocas veces he salido de la ciudad.

—Pues, usted ha de tener mucho valor para ir allá.

—¿Por qué lo dice?

—Por la maldición. La maldición de la isla —dijo el muchacho, con voz sombría.

—¿Y cuál es esa maldición? —pregunté incrédula, preparada para escuchar una de esas historias que mi abuela llamaba «de vaqueros».

—Cuentan —dijo el chico— que todo aquel que viaja a esa isla... nunca regresa.

—Tú has ido, ¿no? —Me preparaba para el interrogatorio detectivesco.

—Claro. Voy una vez cada quince días, para entregar los periódicos.

—¿Y por qué no te has quedado? ¿Por qué no te ha atrapado la maldición?

—Quién sabe, enfermera... Tal vez porque nunca me he bajado de la lancha.

—La persona que me contrató ha estado allí —dije, mientras observaba su rostro, que no se inmutaba.

—Bueno, he llevado a personas que han regresado... quién sabe cómo funcione eso de las maldiciones. Usted debería saberlo, es enfermera...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es casi doctora y los doctores saben muchas cosas.

Luego conversamos de cosas que ya no recuerdo hasta que llegamos a la isla. Allí estaba entonces, en la casa casi en escombros de la mujer. Aquel día no comí, tuve que esperar al siguiente, hasta que la náusea había cesado.

Aquella noche, apenada por no haberlo hecho antes, le pregunté a la mujer su nombre. Yo trataba de disculparme y de justificar aquel olvido, pero ella respondió como si no prestara atención, como algo poco importante:

—Aura.